

Ayudo a mi hijo

—Si nueve estufas queman doce metros cúbicos de madera de haya durante cinco días y medio, cuántos días se necesitan para quemar nueve metros cúbicos de madera de haya en doce estufas... Si en nueve estufas...

Estoy sentado ante mi escritorio; leo un artículo. No logro concentrarme. Desde la habitación de al lado escucho esta frase por trigésimo quinta vez. Diablos... ¿qué le pasa con esa madera de haya? Debo ir.

Gabi está inclinado sobre la mesa; mastica su lápiz. Finjo que he venido por otro motivo; busco algo en la biblioteca con cara de preocupación. Gabi me lanza una mirada de reojo; yo frunzo el ceño y mirando a otra parte, actúo como si no me hubiera percatado; siento que es eso justamente lo que él cree. Y mientras tanto, me repito compulsivamente: “si nueve maderos de haya... doce metros cúbicos... en cuántas estufas...”. ¡Maldición! ¿Cómo era? Paseo distraídamente y me detengo justo delante de él.

—Entonces, pequeño, ¿haciendo los deberes?

Los labios de Gabi se retuercen de amargura.

—Papá...

—¿Qué pasa?

—No entiendo esto.

—¿“No entiendo”? ¡Gabi! ¿¡Cómo puedes decir eso!? ¡¡No te lo han explicado en la escuela?!

—Claro, solo que...

Carraspeo y con un tono abrupto le pregunto: —¿Qué es lo que no entiendes?

Y de repente Gabi se libera locuazmente como alguien a quien le han quitado un pesado fardo de encima.

—Escucha papá: si en nueve estufas queman doce metros cúbicos de madera de haya durante cinco días y medio...

Yo en cólera: —¡Caramba! ¡No hables tan rápido! ¡No me dejas pensar! Empieza de nuevo y repite despacio desde el principio ¡así lo entenderás! Bien,

hazme un hueco.

Feliz y ágil, Gabi se desliza a un lado. Cree que no sé que me acaba de cargar alegremente el problema.

Él no se imagina —jamás podría saberlo— esa otra escena: la misma de ahora pero hace veinte y pico años, cuando era yo quien se deslizaba feliz y aliviado a un lado y era mi papá quien se sentaba a mi lado con aquel aire grandilocuente y con el ceño fruncido, justo como hoy lo hago yo. Y lo más terrible, me di cuenta justo en aquel momento, ¡el problema era mismo! Sin duda... ¡la madera de haya en las estufas! ¡Dios mío! En aquel entonces yo lo había entendido... ¡Pero ahora lo he olvidado!

Una vida de veinte y pico de años se consume en tan solo una fracción de segundo. ¿Cómo se hacía esto?

—Presta atención, Gabi —le digo con paciencia—, uno no piensa con la boca sino con la cabeza. ¿Qué es lo que no comprendes? Es simple, tan claro como el agua. Un estudiante de primero de primaria lo entendería si estuviese atento tan solo un minuto. Mira hijo mío, aquí nos dicen que en nueve estufas se quema tanta madera de haya durante cinco días y medio. Y bien, ¿qué es lo que no entiendes hasta aquí?

—Eso lo entiendo, papá. Lo que no sé es si la primera proporcionalidad es inversa y la segunda directa, o si es la primera la que es directa y la segunda inversa, o si las dos son directas o si las dos son inversas.

Mis cabellos se hielan lentamente hasta alcanzar las raíces. ¿Qué es lo que balbucea este niño sobre proporciones? ¿Qué pueden ser esas malditas proporciones? ¿Cómo no puedo entenderlo de inmediato?

Le regaño sin piedad.

—¡Gabi, sigues hablando muy rápido! ¿Cómo vas a entender algo de esa manera? Con la boca no puedes... ¿Qué quieres decir con proporcionalidad inversa y directa y directa e inversa? ¡Santo Dios! ¿Por qué mejor no me hablas de un contrabajista trepando paredes?

Gabi se ríe. Yo grito.

—¡No te rías! Tengo que educarte, trabajo duro para ti, ¿y este es el resultado? ¡No pones atención en la escuela! Quizás ni siquiera sabes... no lo sabes... —le miro fijamente y él ya está desconcertado, preso de una terrible sospecha—. ¡Quizás no tengas ni la menor idea de qué lo que es proporcionalidad!

—Claro que sí, papá. La proporcionalidad... la proporcionalidad... la proporcionalidad es una relación... en la que el cociente de los elementos internos... o, mejor dicho, el producto de los elementos externos...

Aplauzo horrorizado.

—¡Justo lo que te dije! ¡Un niño de once años que no sabe qué es la proporcionalidad!

Los labios de Gabi se retuercen de nuevo, está listo para reventar en llanto.

—¿Y qué es?

—¿Qué? ¡Espera un momento, sinvergüenza! Inmediatamente vas a buscar en tu libro y me lees treinta veces la definición. O si no...

Asustado, Gabi pasa las páginas; luego recita:

—“Una proporcionalidad es una relación en la cual los dos elementos internos se relacionan con otros dos elementos tal y como...” Sí, papá, ¿pero aquí cuáles son los dos elementos internos, el volumen de madera de haya y el número de días o el número de estufas y el volumen de madera de haya?

—¡Vas muy rápido de nuevo! Pásame el libro.

Y yo lo agarro con una seriedad aterradora:

—Escucha bien, Gabi, no seas tan idiota. Está claro como el agua. Mira, es simple. Toma. ¡Escucha bien! Nos dicen, como ya sabes, que en nueve estufas y en esos días, tanta madera de haya. Así pues, si quemamos esa madera de haya en nueve días entonces está claro que en doce días no es tanta sino...

—Sí, papá, hasta ahí también lo entendía yo, pero la proporcionalidad... Entro en cólera.

—No hables mientras hablo... así nunca lo entenderás. Escúchame: si en nueve días tanta madera, en doce días, muy probablemente, tanta y otra tanta de más. En cambio, perdón, tal vez no sea de más, porque ya no son nueve estufas sino doce, lo cual quiere decir que esa tanta es de menos, o más bien, que la otra tanta es de más; es como si fuese la misma cantidad de menos que la que hay de más... En ese caso, pues, la proporcionalidad... la proporcionalidad...

De repente mi mente se ilumina.

He sido fulminado por la Gran Revelación que se había incubado en mi cerebro permaneciendo oculta desde hace veinte y pico años. ¡Por fin lo entendí! No cabía duda —así que... por supuesto—, es cierto y evidente: mi padre, ya en aquel entonces, ¡tampoco entendía este problema!

Lanzo sobre Gabi una mirada de reojo. En ese momento, como quien

no quiere la cosa, abre su libro de historia y deleita su mirada con un viejo cuadro: la escena en la que Pál Kinizsi danza con tres turcos tras la Batalla de Kenyérmező.

Le pego una colleja que hace “clac”.

—¡Toma! ¡No soy tan estúpido como para perder el tiempo contigo si ni tan siquiera me escuchas!

Gabi aúlla como sus tres turcos al unísono y yo me retiro aliviado.

A través de la neblina del pasado, una mirada se dibuja frente a mí: es la de mi padre, que alegre y tranquilo me da una palmada en la cabeza como diciendo: “ya es suficiente, pásale el problema a tu hijo”.

Y luego, silbando y con las manos en los bolsillos, felizmente, emprende de nuevo el camino hacia su tumba, donde nadie le pregunta cuántos días tardan en consumirse nueve metros cúbicos de madera de haya o setenta años de vida.